

TORCA DE LA GRAJERA, 1981

COMIENZA LA AVENTURA



TEXTO Y FOTOS



Carlos Puch.

Es un reconocido espeleólogo de dilatada trayectoria. Actualmente pertenece al Grupo Espeleológico Edelweiss (Burgos) y al Club Cántabro de Exploraciones Subterráneas (Cantabria). Su firma es de referencia en publicaciones especializadas. Comenzó su andadura en el grupo Standard (Madrid) explorando, entre otras grandes cavidades, los abismos del Castro Valnera. Autor del Catálogo de Grandes Cavidades de España y de varios manuales de GPS. Es conecedor de los principales sistemas subterráneos de España.

Lito en la cabecera de la otra sima, la V.3, en octubre de 1981



José Manuel al borde del abismo, en octubre de 1981

VIERNES 16 DE OCTUBRE DE 1981

Como tantas veces, hemos quedado citados en el escueto apartamento del vetusto edificio del número 10 de la calle del Labrador, en pleno barrio madrileño de Embajadores. Allí, en el primer piso, está el local del club STD. Varias habitaciones pequeñas, a lo largo de un estrecho corredor que muere en la diminuta cocina, con retrete anejo, constituyen lo esencial de la vivienda. Los espeleólogos hemos acondicionado una estancia para almacenar el material, y nos hemos provisto de una lavadora a toda prueba en la cual cometemos herejías domésticas tales como lavar más de 100 metros de cuerda embarrada. Hay, también, un rincón dedicado a la colección de libros, boletines y originales en poliéster de algunas topografías singulares, que conforman la modesta biblioteca del club.

Son casi las nueve de la noche. Manuel Rivera "Lito", como de costumbre puntual, espera junto a la acera, con su inseparable cigarro, apoyado en su "catorce-treinta". José Manuel Gutiérrez, tráfuga de la SEll que ha recalado en nuestro grupo, y Luis "el Ciego" no tardan en llegar; contrariamente a lo que suele ser habitual, soy yo el último en aparecer, lo que origina un retraso considerable en la operación de carga del coche y la subsiguiente puesta en camino en dirección al norte de Burgos. Luego de una breve parada en el hostel Madrid-París de Buitrago del Lozoya, para dar cuenta de unos bocadillos, proseguimos nuestra diáspora nocturna.

En aquellos años no existía la autovía desde Madrid a la capital castellana. La circulación discurría por una carretera de doble sentido plagada de camiones y vehículos lentos... lo que no impedía a

Lito, nuestro particular Nuvolari, surcar el proceloso tráfico con habilidad superlativa y adelantar todo lo que se interpusiera en nuestra marcha, con la consiguiente dosis de emoción para los pasajeros —que no llevábamos atados los cinturones de seguridad, entre otras cosas porque éstos no existían para las plazas traseras—.

Más allá de Burgos, ya en la comarca de Villarcayo, sujetar el coche en los cerrados virajes que una tupida hilera de árboles —por desgracia talados hace tiempo— delimita, parece una operación intrascendente en las manos expertas de Lito, que ni siquiera pestaña ni suelta el cigarro de sus dedos índice y corazón, mientras mantiene el pedal del acelerador a fondo. Su flema transmite una paradójica sensación de seguridad al resto (menos mal que nunca ha pasado nada...).

Así, charlando, escuchando la música procedente del radio-casete de a bordo y encadenando las curvas de dos en dos, alcanzamos, por fin, la solitaria cabaña al borde de la carretera del puerto de Lunada, cuando son las tres de la madrugada del sábado. Toca ahora buscar los mejores emplazamientos para colchonetas y sacos de dormir, al abrigo de las inclementes troneras que perforan aquí y allá las paredes y el cochambroso tejado de piedra, por las cuales, aparte del viento nocturno, se filtran antipáticas goteras cuando llueve. Media hora más tarde me introduzco el primero en el saco. Los demás aún zascandilean un rato antes de acostarse.

SÁBADO 17

Amanecemos, poco a poco, cuando el reloj ronda ya la marca de las once horas (ese horario, hoy en día, parece de todo punto aberrante; entonces era de lo más normal). Lito y yo bajamos a Espinosa a por pan, y al regresar desayunamos con nuestros compañeros. Cuando queremos ponernos en marcha es la una (normal para la época, insisto).

Descendemos por la carretera hasta el lugar donde arranca el sendero hacia El Bernacho y dejamos allí el 1430 de Lito. A menos que uno quiera destrozarse el coche y perder un par de horas en el intento, la ruta hasta el fondo del valle se debe hacer obligatoriamente a pie. Cargados, pues, como acémilas, ya que tenemos intención de bajar un par de simas, emprendemos el largo camino hasta las cabañas y los prados del Bernacho. El día es despejado. Sopla un viento feroz proveniente del oeste que arrastra con él todas las nubes, aunque, simultáneamente, hace descender la temperatura un buen puñado de grados.

El Bernacho era entonces un paraje que parecía aislado del mundo. Llegábamos a pie, cargados como acémilas con el material de la época

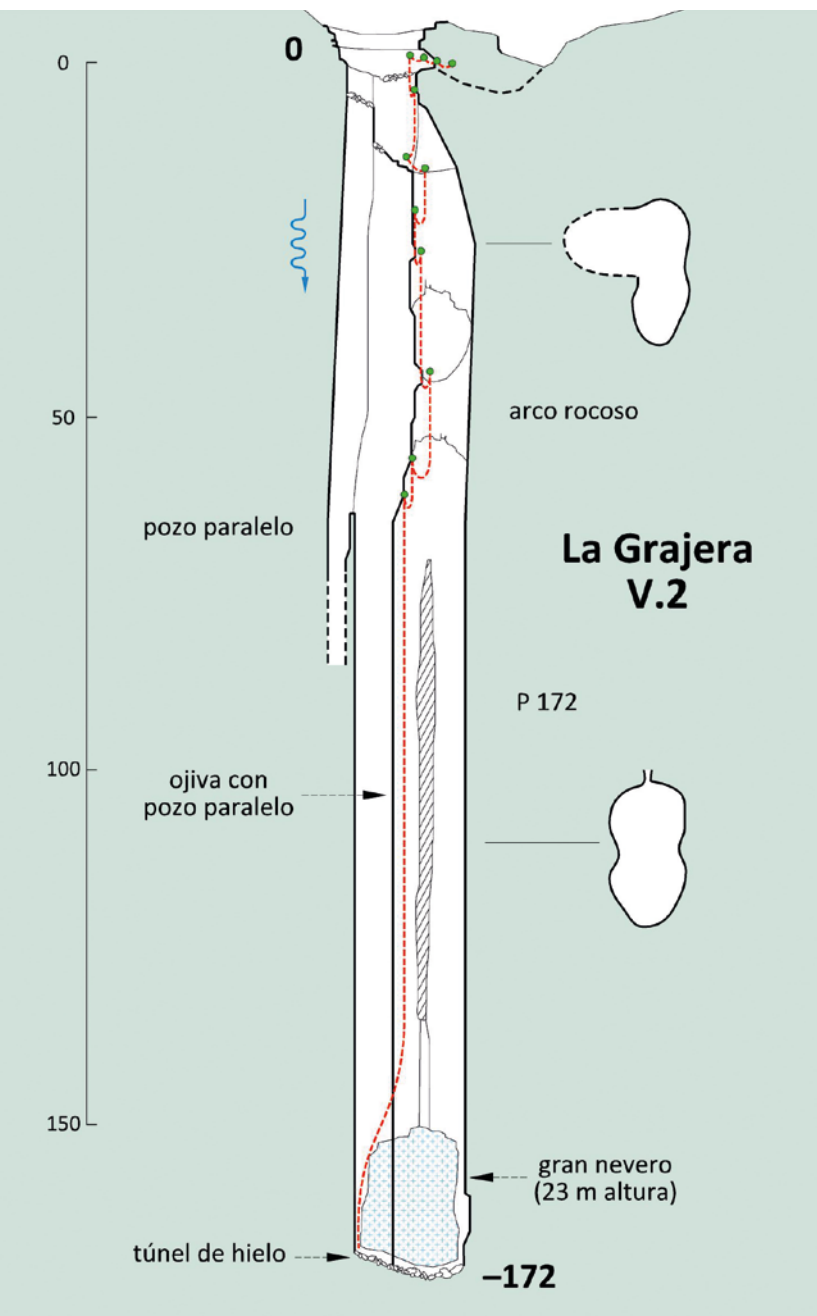
El material de la época (cuerdas de 10,5 mm Ø, mazas, mandriles, spits, arneses con anillas de acero, carburero, carburo de repuesto, agua...) pesaba una barbaridad. Si consideramos que entre los cuatro transportábamos alrededor de 400 metros de cuerda, anclajes, etc., llama la atención que, de propina, yo llevara una cámara Zenza Bronica EC TL II, de formato 6x6, que añadía algo más de un par de kilos extra a la de por sí abultada carga.

Llegados a aquel paraje salpicado de cabañas y prados, que parece aislado del mundo, tropezamos con un vecino que entretiene la jornada con sus vacas, completamente ajeno a lo que pueda suceder a pocos kilómetros de allí. Naturalmente le preguntamos por la virtual existencia de “torcas” en la vecindad, a lo que responde con una pomenorizada relación que anoto cuidadosamente en mi cuaderno de campo. Nuestro objetivo primordial es un inmenso abismo localizado por Pepe Medina y Antonio F. Galaz en la plataforma del Castro Valnera. El paisano parece conocerlo, aunque no termina de ofrecernos datos fehacientes; ni tan siquiera un nombre. La cuestión es que hace justamente una semana, nuestros compañeros de STD Abilio Fernández, Merche Martín y Juan García “Pandi” habían iniciado la exploración de la enorme vertical, no habiendo podido sino entrever sus colosales dimensiones, pues carecían del material necesario para descenderlo. A decir del buen hombre, en el Castro abundan los agujeros, siendo el más reputado el que conocen como Torca de la Nieve, donde hasta no hace mucho extrañan ese producto para bajarlo a lomos de mulos hasta las cabañas del valle y Espinosa.

Emprendemos, pues, el ascenso en dirección al Castro, por una senda bien marcada, aunque al comienzo titubeamos un poco, en razón de las variantes que surcan los primeros tramos en las inmediaciones de las últimas cabañas. El sendero serpentea hasta alcanzar el collado que separa el Castro Valnera del cerro de la Cubada Grande. Luego desciende hacia el sur, bordeando la Peña Negra, en dirección a Trueba y el puerto de Las Estacas. En el collado tomamos un vericuetto ascendente que trepa, a través de un rescaño, hasta la plataforma sur del Castro. Un par de placas de metal dan cuenta

Ascenso a pie desde El Bernacho, en octubre de 1981





Topografía de la Torca de la Grajera levantada en la exploración de 1981

de otros tantos accidentes mortales de escalada acaecidos en aquel sobrecogedor paraje. Sobrecogedor por la profusión de simas, sumideros, grietas y pasajes escabrosos que se suceden a partir del momento en que superamos los primeros escalones del sendero.

No tardamos en alcanzar el formidable orificio del abismo, en el que se lanzan en picado algunas bandadas escandalosas de chovas y grajas. Arrojamus alguna piedra y comprobamos con deleite el zumbido y el sordo impacto después de unos interminables segundos de caída en el inmenso vacío.

Dejamos una parte de la impedimenta y, guiados por Luis, que anduvo hace una semana por allí con el resto del grupo, nos encaminamos hasta el otro objetivo de la jornada: una grieta de algo más de un centenar de metros de profundidad, protegida por un nevero que ha sobrevivido al verano en la umbría. Visitamos, por último, la legendaria Torca de la Nieve, que corta diagonalmente la superficie

del monte y atesora en su interior un colosal nevero permanente.

No cabe duda de que este monte no es el lugar más hospitalario para perderse en mitad de la tormenta: una desolada paramera surcada de grietas y simas, donde la engañosa calma de hoy nos hace olvidar por un momento que allí dominan la galerna, el frío, la niebla y la oscuridad prematura. Su reborde norte es un vertiginoso escalón de más de mil metros de caída sobre los valles pasiegos de Cantabria.

Dejamos marcadas las tres cavidades (V.2, V.3 y V.1, respectivamente) y acordamos una hora de encuentro. Lito y José Manuel se quedan en la V.3; Luis y yo regresamos a la V.2 (en adelante "la Grajera", que es como poco tiempo después averiguaremos que se la conoce).

Una vez equipados con la ropa interior caliente, el mono impermeable, el arnés, los aparatos (descendedor, bloqueadores, cabos de anclaje...) y, naturalmente, el casco y el carburero, tendemos un pasamanos de acceso a la vertical desde una roca que aflora en la hondonada contigua al pozo. Desde allí alcanzamos una cornisa que rodea la cabecera del abismo, sirviéndonos de los anclajes spit instalados hace unos días por nuestros compañeros. Desde el último de ellos abordamos el descenso, a través de un suave canal que se precipita directamente sobre la vertical.

Al comienzo del descenso, la visión es absolutamente indescriptible. No hay posibilidad de sustraerse a la impresión de vacío y al vértigo

La visión desde ese punto es absolutamente indescriptible. La luz que penetra hasta el fondo del abismo ilumina las paredes y el imponente nevero, cuya blancura contribuye a esclarecer el contorno lejano del gran pozo. Rara vez es posible contemplar en su totalidad un conducto de estas dimensiones. Aquí la oscuridad no llega a velar la magnitud de lo que se abre a nuestros pies; no hay posibilidad de sustraerse a la impresión de vacío y al vértigo que produce la contemplación del fondo distante.

Quedo suspendido en el vacío y desciendo, como una araña colgada de su hilo, lejos de la pared

Seguimos los buriles de nuestros compañeros hasta unos 40 metros más abajo; ahí agotaron su material. Luego de unos largos de cuerda y varios spits más, quedo suspendido en el vacío y desciendo, ya lejos de la pared, como una araña colgada de su hilo, hasta poner pie, un centenar de metros más abajo, en lo alto del tremendo tapón de hielo que obtura el fondo del gran pozo. Inspecciono el contorno y localizo un tubo excavado por el agua que escurre por las paredes. A través de él consigo descender una veintena de metros más, hasta pisar, por fin, el piso rocoso de la sima. Aquel tubo, a modo de rimaya, me permite contemplar en toda su magnitud el extraordinario glaciar de la Grajera. La cosa no termina ahí, ya que al pie del tubo se abre un curioso túnel excavado en pleno hielo azulado, que lo atraviesa de parte a parte. Por desgracia no existe ninguna continuación; el abismo concluye así, majestuoso, en un ambiente alpino sorprendente.

Un túnel excavado en pleno hielo azulado atraviesa de parte a parte el tremendo tapón de hielo

Luis se reúne conmigo al poco. Medimos la altura del hielo: ¡algo más de 23 metros! No tenemos una cinta métrica capaz de alcanzar el último spit de la instalación, de modo que recurrimos al viejo truco —de probada inexactitud, debido a la elasticidad— de hacer un nudo al extremo de la cuerda. Una vez “en la calle”, mediremos la longitud hasta el nudo de la vertical.

Subimos retirando la cuerda y topografiando el resto del pozo.

Anochece ya cuando alcanzamos la superficie. Nuestros compañeros, que no han tenido demasiada suerte con su agujero, pues el material no ha dado para alcanzar el fondo del pozo, nos están esperando ateridos de frío. A toda prisa recogemos, cargamos los pesados bultos y emprendemos el descenso hacia el collado y, seguidamente, hasta el Bernacho, en medio de una espesa niebla. Una vez abajo, todavía queda un largo trecho hasta alcanzar el coche y, por último, la cabaña.

Después de cenar y organizar una vez más el improvisado dormitorio, nos acostamos cuando son las cinco de la madrugada.

DOMINGO 18

A las doce de la mañana amanecemos, por fin, a otro día parecido al de ayer. No llueve, pero el cielo está encapotado y hace fresco. Antes de recoger y partir, extendemos la cuerda a lo largo de la carretera; no hay problema, pues no circula ningún coche. Con la cinta métrica medimos el tramo comprendido entre los dos nudos, lo que arroja un resultado de 96 metros. De sobra sabemos que hay un error flagrante en la medición, pues la cuerda se ha contraído una vez recuperada la elasticidad. El pozo tiene en total, aproximadamente, entre 170 y 180 metros. Preferimos ser algo conservadores y, respetando la medida de la cuerda, le asignamos 172 metros.

El resto de la historia es intrascendente. Con el coche cargado y el recuerdo de una exploración única, emprendemos el regreso a Madrid, donde todavía tardaremos un buen rato en entrar, debido a la interminable caravana de todos los domingos. Son más de las nueve de la noche cuando llego a casa (apenas cansado, supongo, pues con 27 años estas aventuras no pasaban factura).

Galerías nuevas al fondo de La Grajera

